

LA ABUELA

FERNANDO GIL TORNER

ACTO ÚNICO

ABUELA.- (*Sentada en una silla de ruedas. Tiempos actuales. Canta*) ¡Hay que ver! ¡Hay que ver! ¡Las ganas que tiene una de morir! (*Búsquese una canción melódica, triste que pueda acompañar a esa extraña letra...*) ¡Merche, Merche! ¡Jodida niña! ¡Ni caso me hace! ¡Hala! ¡Me tiene aquí toda despanzurrada y a correr! ¡Como si una no tuviera otra cosa que hacer que esperarle! ¡Vamos, Merche, no me tengas tan olvidada! ¡Nos conocemos! Estás por allí escondida. (*Pausa*). Lo que yo te diga, sin importarle un pito lo que una hace aquí... ¡Merche!

MERCHE.- (*Desde fuera, algo lejano*) ¡Ya voy, mamá, no seas pesada!

ABUELA.- ¿Me ha vuelto a llamar pesada? Algo dice que yo la oigo, pero, bueno, no me entero, pero ¡ja, ja, ja! Lo adivino. Siempre lo dijo. Como mi madre. Siempre. ¡Pesada, pesada! ¡Olé, olé! ¡Mercheeee! ¡Merche!!! ¡Mer...!!!!

MERCHE.- (*Entrando*) ¿Qué, mamá, qué? Que me vas a desgastar el nombre.

ABUELA.- ¿Ves? Eso también lo decía mi madre. De quién...

MERCHE.- ¿De quién...qué...?

ABUELA.- Igual me da, ¿de quién qué?

MERCHE.- (*Cortándole*)...De ti, mamá, de ti, lo decía tu madre, que a su vez lo decía mi abuela que era tu madre. ¡Vamos, digo yo! Eso me lo has contado tú misma. Claro, mi abuela, (*Pausa. Pensando*) ¿y qué fue de mi abuela? Esa es otra.



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

ABUELA.- Bueno, bien, ¡vale, vale!... *(como si no se atreviera a decirlo)*..., pero no te vayas, ¡hazme compañía, me dejáis sola y yo, tengo miedo!

MERCHE.- No digas tonterías, que ya eres muy mayorcita... Vienen dentro de un rato mis hermanas, que te harán compañía. No te quejes... Y además puedes estar aquí solita, tranquila, que ni molestas a nadie ni... *(con tierno retintín)* en el fondo queremos los demás que molestes tú, ¡caramba!

ABUELA.- ¡Bueno, bien, pero déjame que te cuente!

MERCHE.- *(Con ternura, pero manifestando cierta actitud de resabiada. Apoyada rodilla al suelo sobre el regazo o las manos de su madre)* Bueno, tú habla como otras veces, piensa, o... di lo que quieras, lo que te apetezca. Piensa que estamos todos por aquí, que te escuchamos, ¿Vale? ¡Ay, mamá, mamá, qué niña más traviesa eres! Y cómo te gusta jugar así ¿eh? Todos al retortero contigo y, si soy yo, mejor que mejor.

ABUELA.- *(Con agrado, cierto agradecimiento ante su hija)* Muy bien, gracias. ¿Ves qué bien? Todo se arregla. Yo sólo quiero que me hagáis caso. Que no me abandonéis, Merche. ¿Pero, bueno, qué hora es? Habrá que hacer la comida ¿no? *(Pausa larga, ha quedado quieta, como tranquila. Merche que se da cuenta, se levanta con cuidado como diciendo ¡por fin! Y sale despacito)*.

ABUELA.- ¿Eh?, ¿Merche? ¡Merche!, ¡Merche! Nada, ya se ha ido. No se puede decir nada. *(Levantando la cabeza y mirando para todos los sitios con gesto de complicidad hacia no se sabe quién. Poco a poco irá transformando un tanto su personalidad en voz, maneras, gestos teatrales, etc.)* Enseguida te toman por el pito del sereno. Yo le digo que estoy a gustito y ya, pues... se te van. ¡Hala! Si te he visto no me acuerdo. *(En la nube, como cabalgando suavemente...)* Esto me suena a cuando mi madre nos dejaba solo un rato y se iba a la casa de los vecinos. Era verano y en casa, en el piso, andábamos de dos en dos o de cuatro en cuatro, con los amigos, en cada habitación. No sé, no me acuerdo. Pero la montábamos buena. Sobre todo Pedrito. ¡Jobar! Y Ricardito. ¡Menudos eran! La de "hostieces" que llegaban a hacer en casa. Y por el patio interior a los vecinos. En la luna. ¡Jo! Qué risa. ¿Por qué le llamábamos la luna? No sé, sería porque se reflejaba allí, abajo, en el charco que siempre había de agua sucia. Eso, pues la

luna. Pero como rota. Porque como estaba el agua sucia, pues con la grasa, los palos que había, la mierda, sí, la luna estaba partida. ¡Jo “partía”! (*se ríe*), como el corazón del otro. Los palos: serían todas las cosas que tirábamos mis hermanos y yo. Me acuerdo que había un señor abajo, tenía un negocio de..., de..., de maderas, que se quejaba a mis padres porque siempre tenía él que limpiarlo al final. ¡Mentiroso! Si no lo limpiaba nunca, que yo recuerde. Con mi hermana Carmen inventamos una vez una historia que al final debió de resultar verdadera, mira: había allí un señorico durmiendo por las noches. Allí, en un rincón. Entraba por la gatera de la puerta del taller. No sé, pero él... tendría que ser muy delgado. Porque allí había un taller y quedaba el calor de los hombres que trabajaban durante el día. Nadie sabía nada. Pasaron años y nosotras, que nos habíamos dado cuenta de todo, nos inventamos una historia fantástica de personas y gentes que andaban por allí. En fin, lo del hombrecico era verdad. Pero entonces, creo que fue por entonces..., cuando empezó a ocurrir aquello... Yo oía gritos terroríficos. Dejaban de oírse y otra vez, después, otro día, en otro momento, no sé, no recuerdo bien, volvía a escucharlos. Eran voces tremendas, alaridos, de alguna chica. En algún momento entendía que podían ser los de una antigua amiga. Yo se lo conté a mi madre y nunca me quisieron hacer caso. Como yo para entonces ya estaba loca...

(Queda dormida, sube música y canción. Oscuro en fundido cambio de escena. Estamos en los años sesenta del siglo XX. Una especie de guateque de aquellos tiempos. Bailan alguna canción de la época en una especie de patio, jardín o zona abierta con árboles o enredaderas). Ha empezado con luz y poco a poco ésta va cambiando a “luz de baile agarrado” según se va fundiendo la música movida con otra canción amorosa de la época amorosa. Está la Abuela, (“MERCEDITAS” entonces), que se ha puesto a bailar “pegada” con un chico muy jovencito de entonces, JAIME. Éste no sabe de los problemas extraños de Merceditas, de sus reacciones psicológicas y de sus prontos. Merceditas parece feliz. Hay otras parejas, chicos y chicas que serán las hermanas de Merceditas (CARMEN, CLARA, MARIBEL) y unos conocidos de JAIME (PEDRO, LORENZO Y CARLOS). Estos chicos tienen todos alrededor de veinte años y forman parte de familias veraneantes en el pueblo que han invitado a JAIME, nuevo en el veraneo. Falta el hermano mayor de MERCEDITAS (Pedrito, veintitantos años), que se encuentra fuera, trabajando, y está ya casado. Tampoco está Ricardito, el tercero, que está haciendo la mili. Se verá en seguida que es una



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

chica algo “pasada de rosca”, como acaba de verse en la primera escena, siendo la ABUELA).

MERCEDITAS.- (LA ABUELA) *(Es la mayor de todos los presentes: alrededor de veintidós años. Debe parecer evidente que se trata de LA ABUELA del cuadro anterior).* *(Algo después de haber empezado la música)* ¡Ay, hijo, no te pegues tanto que tengo calor!

JAIME.- *(Muy tímido).* Perdona, perdona.

MERCEDITAS.- No, si no es por nada. Es sólo el calor. No ando muy allá esta tarde. *(Pausa. Reaccionando)* ¡Oye!, ¿tú, de dónde has salido? No te había visto nunca por aquí, por el pueblo.

JAIME.- No, si no soy de aquí.

MERCEDITAS.- ¡Anda, ni yo! Nosotros también hemos venido al pueblo. Ésta era la casa de mi padre antes de la guerra. Se fueron porque según parece era muy peligroso vivir aquí. Como cayó en manos de... los nacionales, bueno, eso es lo que contaba mi padre. Mi padre ya no vive, ¿sabes? Murió hace dos años. Tenía la cabeza un poco averiada. Le dio un día por subirse a la guardilla, en casa y...

JAIME.- Se... *(Hace un gesto de circunstancias y con cara extrañada).*

ABUELA.- Ya sabes... Sí, se tiró. Estaba yo sola en casa con él. *(Pausa larga).* A mí no me dejan salir mucho, ¿sabes? Sobre todo sola. Bueno, es que creen que... *(Al oído. No escuchamos lo que dice).*

JAIME.- ¿Cómo? ¿Qué? No lo entiendo. ¿Dices que tú...? *(Otro gesto evidente).*

MERCEDITAS.- *(Cortándole)* Sí, hijo, eso...

JAIME.- Pero es que eso que a mí... no me lo parece. A mí me...

MERCEDITAS.- Yo no sé cómo decirte las cosas. *(Muy fuerte)* ¡Que sí, que estoy loca! Como mi padre. *(Todos cortan el baile, todos les miran. Jaime pide tragárselo la tierra. Debido a su timidez no sabe dónde meterse).* ¡Ja, ja, ja! Estos están

ya acostumbrados, pero cada vez que lo digo, no sé, parece que les pase algo. Como si no estuvieran acostumbrados.

JAIME.- (*Repuesto del susto y como queriendo pasar a otra cosa*) Oye, Merceditas, y esta casa, ¿era donde vivíais entonces?

MERCEDITAS.- Vivían hijo, vivían. Mi padre y su familia. Fue antes de la guerra. Cuando pasó un tiempo después de acabar la guerra, consiguió que le dejaran otra vez la casa. La ocupó durante esos años un retén de soldados nacionales. Lo estropearon todo, según contaba mi padre. Pero mira, menos mal, consiguió arreglarla un poco y venimos en verano. Esto es un pueblo de mala muerte, pero...

JAIME.- ¡Hombre! No tan de mala muerte. Mira yo, aquí estamos con mis padres.

MERCEDITAS.- Pero vosotros estáis en el hotel. Allí al lado del lago. ¡Bueno, eso del lago...! Menuda diferencia. Como los señores. Ya, ya. Oye, ¿cuántos años tienes? Si eres un niñoato ¿no?

JAIME.- No te creas. Ya soy algo mayor. Aunque haya hecho sólo el Preu. Es que estuve enfermo hace unos años y guardé cama durante mucho tiempo. Perdí dos años de colegio seguidos.

MERCEDITAS.- Vaya fastidio. Te aburrirías mucho ¿no?

JAIME.- Me aficioné a la lectura. Y no creas, me lo pasaba bien. No sé, como no tenía fiebre ni nada y sólo tenía que guardar reposo, pues...

MERCEDITAS.- No me digas. Yo, como no he estudiado. Pero vamos, no sé qué hago contigo. Me van a llamar una “comeniños”. ¡Bah! Me da igual lo que digan. ¡Que les den morcilla a todos!

JAIME.- ¡Que no, que tampoco eres tan mayor! Y yo, de verdad, ya ves, habiendo perdido tanto tiempo en la cama, que no, pues no soy ningún crío.

MERCEDITAS.- Pues lo pareces. Al menos tienes pinta de ingenuo.



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

JAIME.- ¿Tú crees? ¡Hombre! No soy como mis amigos, que me llevan mucha delantera en lo de las chicas y todo eso, pero... (*Está sonrojado, acomplejado*).

MERCEDITAS.- Así ¿eh? Pues yo tengo, veintidós, veintidós añazos. (*Jaime se queda otra vez algo parado. No imaginaba poder bailar con una chica tan mayor. Observándolo*) ¡Ja, ja, ja! Pero no te preocupes, chico. Tú, así, natural. (*Pausa larga. Merceditas observa al muchacho y espera a que se le pase el momento del susto*). Mi madre me decía siempre: el Preu, tienes que hacer el Preu. Siempre igual: que hiciera el Preu. Yo no quise estudiar nunca. Tampoco podía, claro.

JAIME.- ¡Claro! ¿Por qué?

MERCEDITAS.- No, por nada. Porque no quise estudiar. Mira, yo querría ser artista, de cine, de música, de teatro, yo qué sé...

JAIME.- Pues porque no quieres. Eso es cuestión de proponérselo. A mí me gusta también todo ese mundo. Si quieres... pero qué tontería, si no sé.

MERCEDITAS.- Pues no, tonto, no es cuestión de proponérselo. Mira, verás. Bueno, no, para qué te voy a contar. Mira a mis hermanas. ¿Las ves?

JAIME.- ¿Esas?

MERCEDITAS.- Somos seis. Cuatro chicas y dos chicos. Los tres chicos que hay allí, bueno, tú, tú no los conoces mucho, pero ya, ya los irás conociendo. Aunque yo tampoco los conozco casi. No sé ni cómo se llaman, me lío con sus nombres. Lo que sí está claro es que quieren ligar con mis hermanas. Y no lo van a conseguir porque son unas estrechas. En cambio yo no: tú vienes como un nuevo y mira (*Se aprieta a él a quien parece que le va a dar un aire*). Me lo perdonan. Como estoy loca...

JAIME.- Sí, pero yo no quiero... (*separándose*) parecer un aprovechado.

MERCEDITAS.- Oye, niño. Que tú no te aprovechas. Que soy yo la que se deja. Vamos a ver. ¿Quieres o no quieres?

JAIME.- (*Volviendo a acercarse con más confianza*). ¡Bueno! Pero debes entender que me da vergüenza. Luego... (*cambiando el tono*) Antes me has dicho que te daba... calor.

MERCEDITAS.- ¡Ja, ja, ja! ¡Pero no me hagas caso! Mira, si a la primera de cambio me haces caso, no vas a conseguir nada, hijo... Pero bueno, ¿qué? ¿Crees que te van a decir tus amigos que has abusado de una pobre loca? No te preocupes. Precisamente por eso nadie comenta nada. Todo el mundo lo sabe. Yo hago lo que me apetece desde siempre. Así no... Bueno que como todo el mundo sabe lo que hay, para que la niña esté contenta, le dejan. *(Pausa)* ¿Sabes? ¿Podríamos quedar otro día. Queda mucho verano. Ya verás, qué bien. Chico, es que me has gustado.

JAIME.- Pero, es que...

MERCEDITAS.- Venga, vamos por ahí a dar una vuelta.

JAIME.- Oye, a mí me ha dicho Pedro...

MERCEDITAS.- ¿Quién es ese?

JAIME.- Uno de esos. Lo he conocido cuando venía. Es ese que está apoyado allí con tu hermana...

MERCEDITAS.- ¿Quién, el que está con Carmen? ¡Pues vaya!

JAIME.- Pues es el mayor de todos. Tiene ya veinticuatro años.

MERCEDITAS.- ¡Ah! Por eso está con Carmen. ¡Menuda es esa!

JAIME.- ¿No está bien? Bueno sólo están hablando.

MERCEDITAS. Ya, pero le está interrogando, como si fuera un policía. Ya verás, si yo hablo con ella luego, si quieres mañana te cuento de él hasta de qué color lleva sus calzoncillos. Es una cotillona de mucho cuidado. Y lo peor del caso es que luego te lo dice todo. Así que ya puedes decirle a tu amigo que tenga cuidado con ella.

JAIME.- ¡Hombre! Si yo no lo conozco. Y tampoco creo que sea para tanto. Estamos aquí para hablar, para conocernos, para pasar un rato.

MERCEDITAS.- ¡Qué ingenuo eres! Y para otras cosas... también estamos. ¿No ves que mi hermana Carmen tiene uno menos que yo? ¿No te das cuenta de que quiere buscar como sea?



JAIME.- ¿El qué? ¿Novio? Yo no lo veo tan mal.

MERCEDITAS.- Mira, yo voy a las claras. Y ella a la chita callando. Yo te digo a ti, venga, que vamos a hacer cosas. A mí, como me dejan porque si no,... tienen miedo de que haga alguna barbaridad...

JAIME.- Ya veo que eres tú mucho más mala. Porque te aprovechas de tus circunstancias.

MERCEDITAS.- ¿Qué circunstancias?

JAIME.- Pues no... No sé, no quería decir nada.

MERCEDITAS.- Circunstancias... ¿de estar loca y todo eso? Dilo, anda, dilo claro. Si lo piensas así, pues bueno, pues es verdad. ¿Y qué, si es así?

JAIME.- (*Reaccionando como si descubriera que se ha metido en un sitio "resbaladizo"*) Yo, bueno..., mejor me voy. Tengo cosas que hacer y...

MERCEDITAS.- ¡Ah, no, eso sí que no! Tú te quedas aquí y me obedeces como si fuera tu madre.

JAIME.- ¡Bueno! Tampoco creas que eres tan mayor. Mi madre tiene lo menos cuarenta y tú...

MERCEDITAS.- Sí, veintidós. ¿Otra vez te lo tengo que decir? Y ¿qué pasa? (*Cogiéndole por el brazo e intentando llevárselo a la vez que le hace cosquillas y juega con él*) ¿Qué pasa, eh? Venga, no seas bobalicón, hazme caso, que yo te llevo afuera porque me apetece. ¿No querrás decir que te recuerdo a tu madre? Lo que me faltaba. Mira (*Con voz de bruja comeniños*), tengo fama de conquistar niños y tú eres mi última conquista.

JAIME.- Creo que tus hermanas están mirando. Al final te la van a armar. ¿No decías que te tenían controlada, que no te dejaban...?

MERCEDITAS.- Que sí, que sí me dejan ¿no ves que ya me han dejado por imposible? No vayas a creer. Mis hermanas miran, claro que miran, pero porque

están haciendo apuestas para ver lo que tardas en caer. El último en una fiesta de estas duró dos canciones. Ahora sólo llevamos una y media.

JAIME.- Me estoy enfadando. (*Se oye sonido de tren*).

MERCEDITAS.- ¡Y qué guapo se pone cuando se enfada! Mira, vamos a ver el tren. A mí me gusta mucho. ¡Cuántas veces voy a pasear por la vía! Muchos días salto la vía y corro por ella. Paseo por entre los raíles. Incluso... hago como en las películas: aplico el oído y escucho venir los trenes.

JAIME.- Pero qué dices. Va ser verdad lo de...

MERCEDITAS.- Que sí, que sí, que estoy loca.

JAIME.- ¡Bueno, vale! Una tregua.

MERCEDITAS.- Te la doy. No vaya a ser que te creas que soy una ninfómana. Nada de eso. Simplemente, te repito otra vez, hago valer mis derechos de hermana mayor "la loca", a la que le tienen que dejar hacer de todo por si acaso y porque como está loca, no puede tener mala fama. Ya la ha tenido toda, vamos. Que qué más da ya.

JAIME.- (*Buscando una pausa para respirar*) Pues, vamos a hablar un rato. Es que, me estás empezando a dar miedo...Tú ¿qué crees que estarán diciendo esos?

MERCEDITAS.- (*Riéndose muchísimo*) Se están riendo porque comentan con mis hermanas, que son las que están a lo que están, y al fin y al cabo son las que les han invitado a cotillear..., pero en el fondo, están deseando que les pase lo mismo con cada una de ellas. Pero no, no lo van a conseguir, porque como te he dicho, mis hermanas son más estrechas que un cable de la luz. Y además unas hipócritas. No les interesa más que provocar... después, hablar y hablar y sacar trapos sucios... ¡Bah!, que son muy malas. (*Larga pausa. Silencio embarazoso*) ¿De qué quieres que hablemos?

JAIME.- No sé. De tu casa, de tu familia. Me has dicho que tu padre murió hace dos años.



MERCEDITAS.- Sí ya te he dicho. Se tiró. Se tiró desde arriba. Se echó al suelo como un paracaidista, pero sin aparato, claro.

JAIME.- ¡Joder!, y quedasteis solos vosotros. ¿Y tu...madre?

MERCEDITAS.- Ya veo que lo preguntas con, con cierto miedo. Pues mira, se fue, se largó, nos dejó. En ese piso de mierda donde vivimos desde siempre, desde que yo nací, que soy la mayor. Bueno, está mi hermano Pedrito, pero como también se ha largado... Está, está por allí. Se reenganchó en la mili de marinero y anduvo por esos mundos por el Pacífico o no sé por dónde. Ahora creo que se ha casado. No sabemos nada de él. Y luego, pues está, Ricardito, que es el que está haciendo la mili.

JAIME.- Sí, a mí me habían dicho que estaba casado.

MERCEDITAS.- ¿Quién? ¿Pedrito?

JAIME.- No sé, el mayor.

MERCEDITAS.-¡Ah, sí! ¿Quién te lo ha dicho? Y además ¿cómo te lo iban a decir si tú eres nuevo en esta parroquia?

JAIME.- ¡Hombre! Pero antes de venir aquí me han informado.

MERCEDITAS.- Me va pareciendo que tú eres un chaval más madurito de lo que yo pensaba. No le pega a uno como tú andar interesándose por la vida de las familias a las que va a ver.

JAIME.- ¡Cómo eres! Hablas como una persona mayor, como mi madre. Oye, ¿te importa que te pregunte una cosa?

MERCEDITAS.- ¡Bien! Pero no te pases. Veremos si después no tengo un conflicto.

JAIME.- Aún no sabes lo que te voy a preguntar.

MERCEDITAS.- Bueno, no te enrolles. Di de una vez. ¿Qué te preocupa?

JAIME.- Aquí vivís sólo en verano. Como nosotros. Pero tengo idea de que vuestra familia no tiene muchos medios. ¿Cómo os las apañáis?, materialmente, quiero decir.

MERCEDITAS.- ¡Joder, con el niño! Ese tipo de preguntas no corresponden a un crío como tú. ¿A santo de qué viene esta historia?

JAIME.- Bueno, verás, es que se dice por ahí.

MERCEDITAS.- ¿Qué se dice por ahí ni mierdas? Esto es una historia de tus padres. Tú lo has oído en casa y, claro...

JAIME.- Perdona.

MERCEDITAS.- Ni perdona ni historias. Tú contesta. ¿Lo comentan en tu casa o no?

JAIME. No, hombre, bueno sí, pero muy poco. (*Ante un ademán de genio de Merceditas*) Quiero decir que bueno, algo se dice, pero ya sabes, como en todas partes. Verás, yo no sabía nada, pero el otro día, pues en esas cosas que se hablan en todas las familias, si los unos, si los otros y... y... pues bueno, les habían dicho, mis padres hablaban de vosotros...

MERCEDITAS.- De nosotros ¿de qué manera, cómo? Bueno, es igual, ahora ya da igual. ¡Bueno! ¿De qué?

JAIME.- No sé, no, no tengo ni idea. Si..., si yo... te he preguntado por decir algo. Entiéndeme, no sabía de qué hablar y... Ya sabes, cuando entre dos personas no surge el diálogo, pues lo primero que se te ocurre...

MERCEDITAS.- ¡Ja, ja, ja! Chavalín, has caído en tu propia trampa, porque a mí me lo has puesto a.... Bueno a “huevo”, ¡perdona!

JAIME.- ¿A huevo? No te entiendo...

MERCEDITAS.- Sí, verás. Cuando a mí me sacan el tema de la familia me emociono demasiado, aunque lo peor de todo es que me “sulfuro”. No sé cómo decirte. Me da a la vez por hablar y hablar, sin ton ni son y además de malas



maneras. Me da la venada, vamos, que me vuelvo loca, ya ves. Ya te irás dando cuenta de que mi familia no es nada normalita.

JAIME.- Bueno, pero no me asustes.

MERCEDITAS.- No, que no quiero asustarte, pero me vas a venir muy bien para provocar un poco a mis hermanas. Verás: yo te voy a gritar y ellas, como si nada, mirarán, comentarán como otras veces, pero cuando se den cuenta de que te puedo atacar vendrán y no pasará nada, no te preocupes.

JAIME.- ¿Atacar? ¿Cómo? Oye, oye, que me vas a meter en un lío.

MERCEDITAS.- No te preocupes, cuando menos te lo esperes todo habrá pasado. Y tú te acordarás de todo esto como el día que ligaste con aquella loca de la casa de “los Santiago”.

JAIME.- ¿Santiago?

MERCEDITAS.- Sí, es nuestro apellido de padre. No sabes nada, hijo.

JAIME.- (*Empieza a ponerse algo nervioso y medio enfadado*) ¿Qué quieres? Yo soy nuevo aquí. A mí me han traído y nada más.

MERCEDITAS.- ¿Que te han traído? Lo que no sé es quién. ¿Has venido arrastrado?

JAIME.- No, han sido estos chicos, pero... también tus hermanas Clara y Maribel. Me vieron el otro día comprando en la tienda, me preguntaron y, pues me invitaron a esta... fiesta. Después, éstos...

MERCEDITAS.- ¡Vaya, vaya! Y a la mínima, te asustas porque no sabes para qué te han invitado, ¿eh? Ya veo que tú también tienes tu corazoncito, ¿eh?

JAIME.- ¡Hombre! ¿Pero qué corazoncito? Tú dirás: he pasado de estar con una tía que era un poco mayor que yo, que primero me decía que no bailara tan pegado, después que sí, que eras la loca de la casa, que tu padre se ha suicidado hace dos años, que como estás loca te lo consienten todo, yo qué sé, y ahora me propones que siga un extraño juego tuyo al hablar de tu familia que en el fondo

es más rara que tú y que provoca en ti al hablar de ella una situación de locura y nervios que al final, bueno, y yo qué sé, Mer... estás dando la tarde Mer...

MERCEDITAS.- ¡Sí, Merceditas! me llamo yo.

JAIME.- (*Dando grito*) ¡Joder!

MERCEDITAS.- ¡Calla! Así sólo vas a conseguir que vengan todos.

JAIME.- ¿No querías provocar para que vinieran todos? Pues lo vas a conseguir.

MERCEDITAS.- Déjalos, que están muy bien, cada uno a su cosa, o a su lío. Además habíamos quedado que era yo la que llamaba la atención, no tú. Así, van a creer que te estoy agrediendo. ¿No te das cuenta?

JAIME.- ¿Pero no era lo que querías? Que se organizara el “trifostio”. Mira, yo me voy. (*Hace ademán de marcharse y Merceditas le sujeta*).

MERCEDITAS.- De eso nada. Era al revés. Tú me vas a seguir el juego y si no...

JAIME.- Si no ¿qué? ¿Qué me vas a hacer?

MERCEDITAS.- Nada. Pero yo sé que, al menos de momento, tú te vas a quedar aquí conmigo. Si no te quedas, atente a las consecuencias.

JAIME.- ¿Pero qué consecuencias? ¿Qué me piensas hacer?

MERCEDITAS.- Mira, mis hermanas, ellas, mira a tus... colegas... No te atrevas a salir de aquí.

JAIME.- ¿Cómo que no me atreva? Va a ser verdad eso de que estás loca.

MERCEDITAS.- Pues mira, sí. Estoy un poco loca, y por eso mismo, pues aquí estamos y de estas maneras.

JAIME.- Bueno, ¡ya está bien! Por favor, déjame marchar. Me voy.

MERCEDITAS.- Pues verás lo que dicen los otros. Se reirán de ti porque no te has atrevido con una tía como yo. Ven, ya verás.

JAIME.- ¿Empezamos otra vez? Recopilamos acontecimientos.

MERCEDITAS.- Hijo, te explicas como un libro abierto. ¿Qué quieres decir ahora?

JAIME.- Quiero decir, que... que volvemos adonde todo ha empezado.

MERCEDITAS.- Hijo, se te va la cabeza un poquito.

JAIME.- A ti es a la que se te va.

MERCEDITAS.- Has dicho recopilamos.

JAIME.- Sí volvemos al... punto de partida, no sé. Estábamos hablando de tu familia y entonces tú...

MERCEDITAS.- ¡Sí!, me he puesto como un basilisco.

JAIME.- ¡Hombre!, tampoco es eso. Has empezado a decir que te lo había puesto a huevo, y yo no sé, pero todo ha sido por el tema de tu familia. No entiendo nada. Yo me quiero ir y entonces tú..., bueno ¿por favor? (*Agotado, sin fuerzas, derrotado*).

(Han puesto música fuerte de baile de la época. Merceditas tira de Jaime y se ponen a bailar como entre la bruma de un recuerdo) (Escenografía y luces van a cambiar).

(Después de unos momentos de música y baile, todos juntos, en coreografía, MERCEDITAS va separándose de JAIME, desapareciendo lentamente. Este queda solo durante unos instantes, aunque va a por él, en complicidad, CARLOS, uno de los chicos, haciéndoles a los otros y otras una señal para que se larguen. Ahora se van a quedar solos).

CARLOS.- (*Acercándose, confidencialmente*) Mucho, mucho ligue, ¿eh? ¿Te lo pasas bien?

JAIME.- (*Entre dientes*) Esto ha sido una encerrona vuestra. Me la habéis jugado.

CARLOS.- ¿Pero qué dices?

JAIME.- Lo que oyes. Que sois unos cabrones. ¿Y a santo de qué, si ni siquiera nos conocemos? Me lo podía haber imaginado. Mira, lo que me decíais al principio: ya verás tú, cómo nos lo montamos, etc. etc. Contando, eso sí, con un gilipollas como soy yo. No, si no es la primera vez. Ya me la han intentado liar otras veces. Y de paso, sí, “ese Jaime, el nuevo, seguro que la prepara”. Sin embargo prepararla, prepararla, en sentido vital y genérico, la estáis preparando vosotros. No sé cómo no me lo he imaginado. Pero creo que habéis llegado demasiado lejos.

CARLOS.- Oye, ¿estás mosqueado? Pero, bueno, ¿por qué?

JAIME.- Oye, mira, yo no sé nada de ti, pero creo que eres un cínico, Carlos ¿no? ¿Eres Carlos? Que os he visto cuchichear entre vosotros desde el primer momento. Lo único que sé es que llevo aquí un buen rato y que sin comerlo ni beberlo me ha tocado...

CARLOS.- ¡Ja, ja, ja! ¡Bah! ¡Joder! No exageres, que tampoco hemos hecho nada.

JAIME.- Sí, no, claro, no habéis hecho nada. Mira, se notaba, se notaba desde aquí cómo andabais cuchicheando y yo, aquí, viendo cómo me podía quitar a esta tía de encima. Bueno, y espera, porque ha ido a no sé dónde y no tardará en venir.

CARLOS.- A mí...que me da que es un chavala de “puta madre”. ¡Hombre! Un poco loca pero...

JAIME.- Y tan loca. Yo ya no sabía a qué atenerme. Bueno, que me ha puesto de los nervios. Es que...por momentos parecía que me la quería jugar, en otros me daba como pena, en fin, no sé. ¿A vosotros qué os decían las hermanas? Porque... ya me dirás, se notaba que estabais “conchabados con ellas”, ¿o no?

CARLOS.- (*Cínicamente*) Otra vez lo mismo, es que no te entiendo, Jaime. ¿Qué...qué quieres decir?

JAIME.- Venga ya, Carlos. Pero si se notaba a la legua. Yo miraba de reojo y os notaba con un cachondeíto, que ya, ya, ni que estuvierais viendo un chiste verde representado en un escenario, porque sólo os faltaba aplaudir. Estabais a la que saliera..., con la boca abierta, ¡hombre!



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

CARLOS.- ¡Ahí va! ¡Las cosas que dices! ¿Pero qué chiste y qué verde dices? ¿Y qué boca? Se te va un poco la cabeza ¿no? ¡Vaya! Te lo ha contagiado. ¡Y qué rápido! ¡Ahí va!, perdona. ¡Ja, ja, ja!

JAIME.- Se te acaba de ver el plumero, macho. No has sabido guardarte la gracia. ¡Contagiado, contagiado! Tú sabes que a ella la habían lanzado las hermanas. Y que después os lo han contado a vosotros. Se notaba perfectamente. Conforme mi conversación iba convirtiéndose en diálogo de besugos cada vez más raro, vosotros parecía que lo ibais adivinando. Estoy convencido de que esas brujas de las hermanas no lo organizaban por primera vez. Y para que os “jodáis”, a nosotros nos ha tocado hacer de pardillos y eso sí, a mí el que más.

CARLOS.- ¿Pero qué dices? Espera, que voy a llamar a éstos para que te digan lo que había.

JAIME.- No, no les llames. Que ya me conozco la respuesta. ¿No ves que es una historia que se repite? Algo parecido, si no tan grave, ya me lo hicieron el año pasado. No mires con esa cara, que tú seguro que podrías haber andado por en medio. Te pega ese tipo líos...

CARLOS.- Tú has leído muchas novelas, chaval.

JAIME.- Pues mira, seguro que muchas más que tú. Por eso tengo menos tiempo que vosotros para montar estas grescas. Porque tengo cosas más interesantes en que entretenerme, aunque sea leer. Además, me conozco de qué van estas historias. No siempre son de novela. No es ninguna novedad jugar cruelmente con los sentimientos de las personas. Y en este caso, estas tías, me da la impresión de que son unas bestias con su hermana.

CARLOS.- Oye, me estás preocupando. Bueno, reconozco que una cierta broma sí había en todo esto. Pero por nuestra parte no había mala intención.

JAIME.- Vosotros puede ser que no, aunque es un decir, pero sus hermanas, está claro que son unas víboras. Y como no tienen otra cosa que hacer se pasan el verano haciéndole gracias a su hermana,... “la loca”. Bueno, es igual, vosotros sois una panda de idiotas que...

CARLOS.- Bueno, bueno, ¡hombre! Déjalo ya. Perdona... Espera, voy a ver si les localizo. Se han ido, desde luego, pero no sé a dónde.

JAIME.- Pero si les has dicho tú antes que se largaran. Que lo he visto. Cuando habíamos empezado a bailar. Bueno, bien, bien... Que a mí al final me daba pena. Así que no la liemos. Ya hablaré yo con ella en otro momento. Pero vosotros, pues... ¡os vais a la mierda! Así, directamente. Ya me habéis cargado toda la tarde con el mochuelo. (*Cuando ya se alejaba...*). Bueno, espera, (...*vuelve* CARLOS. *Confidencialmente, casi al oído*). Oye, una cosa, lo del padre, muerto, eso lo sé, porque me lo ha contado Merceditas. Además, debió de ser algo duro. ¿La madre, también, me...?

CARLOS.- Pues eso, creo que... desaparecida. Hará cosa de un año o así. No sé muy bien.

JAIME.- ¿Viven...?

CARLOS.- Creo que se encargó de ellas una tía de la ciudad, hermana de la madre que va y viene un poco. De todas formas se las apañan juntas. ¡Hombre! Son mayores. Trabajan, más o menos. A la que menos le duran los trabajos es a Merceditas en tiendas y así. Pero como es, como es... Bueno, Maribel tiene diecinueve y las otras ya sabes, son mayorcitas también.

JAIME.- ¡Chico, no sé! Es una historia muy rara.

CARLOS.- Bueno, si no quieres venir, yo voy a ver.

JAIME.- No, si yo también me largo. No me voy a quedar solo. ¿Pero dónde se ha metido la gente? ¿Y Merceditas? Se larga, me deja a mí colgado... ¿Pero qué pasa?

(Se empieza a escuchar una música misteriosa. Puede mezclarse con el sonido de un tren misterioso y distorsionado. JAIME se mueve por el escenario, mirando y escudriñando diversos rincones... Algo parece estar provocando un cambio que, evidentemente, se está anunciando... ¿Por qué JAIME parece transformado en estos momentos, tal vez por esos efectos que incluye una música, una bajada o cambio de luces, algún sonido especial? ¿Pueden ser cosas suyas, obsesiones y trastornos que de



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

vez en cuando le vienen a la cabeza? Algo parece estar ocurriendo. De repente, gran explosión, ruido de grandes golpes, como un gran choque de hierros, frenos y ruido de ferrocarril).

(Aparecen en escena, otra vez en silla de ruedas, LA ABUELA –Merceditas, evidentemente–, acompañada por su hija MERCHE, y algo retrasadas llegarán sus otras dos hijas, DOLORES y JUANITA. Son tiempos actuales otra vez, en los que seguramente se recordarán aquellos hechos de los sesenta).

ABUELA.- Y por eso habéis traído a Juanita. Si lo sabré yo. Esto me huele a despedida..., *(como anunciando algo)* ¡despedida definitiva...! ¡Calla, calla! ¡Claro!, ahora entiendo qué hacían esos sándwiches en la nevera. Con lo que le gustaban a mi Juani.

MERCHE.- ¡Mamá, mamá, no empieces a desvariar!

LA ABUELA.- ¿Qué dices?

MERCHE.- *(Con ternura)*. ¡Ay, esa sordera! Como no quieres ir al otorrino...

ABUELA.- ¿Para qué, hija, para qué?

MERCHE.- ¡Mamá!, cuando quieres ponerte derrotista, te ponés. Si sólo tienes un tapón.

ABUELA.- ¡Quita! ¡Quita! Prefiero que no me miren. A la mínima te “sacan” algo.

MERCHE.- Sí, a tus años. Además, ¿no hemos quedado que estabas muy sana? Siempre nos lo dices. Y esta mañana ya hablabas de morirte. ¿Pero a qué viene esto?

ABUELA.- *(Con mucha ironía)*. ¡Pues mujer, claro! Sí, por alguna razón voy en esta silla de ruedas.

DOLORES.- *(Que ha entrado con JUANITA en esos momentos escuchando la conversación)* ¡Qué pesada! Como si no supiéramos que lo de la silla de ruedas es porque no te da la gana andar. Sí, mamá, que ya verás, algún día voy a reunir

aquí en esta plaza a todo el pueblo y les voy a decir la verdad. Que no quieres andar, que un buen día decidiste hacerte la parálitica y ya está.

ABUELA.- ¡Ah! ¿Pero estamos en el pueblo?

MERCHE.- ¡Mamá! Hace un... siglo que estamos en el pueblo.

JUANITA.- (*Riéndose*) Nada, ya veo que no se entera de nada.

DOLORES.- ¡Que sí, mamá! Mira, ¿dónde estamos?

ABUELA.- En la plaza.

MERCHE.- ¿Pero en qué plaza?

ABUELA.- En la plaza de los tilos.

JUANITA.- Que no, mamá, que esta es la plaza de la Iglesia del pueblo.

ABUELA.- Me engañas.

MERCHE.- ¡Joder! Que no, que no te engañamos. ¡Qué manía con que te engañamos!

JUANITA.- ¿Siempre hace lo mismo?

DOLORES.- Sí, ya verás cómo en seguida cambia y reconsidera.

ABUELA.- ¡Anda, pues es verdad! Con lo que me gustaba venir a mí aquí, con vuestro padre.

DOLORES.- ¿Lo ves?... Sí, cuando erais novios, porque después... Después te dio de entrada por no andar... y amargaste la vida a papá.

ABUELA.- (*No parece atenderle y ella sigue en sus reflexiones*) ¿Cómo que no? Sí que me gustaba venir. Allí en ese banco nos sentábamos. Y qué besazos me daba... y yo a él. A oscuras. Ya iba anocheciendo en aquel verano. La farola de allí estaba siempre fundida. Me acurrucaba, cogía mi mano, me la besaba, me mordía los dedos, acercaba su cara a la mía y yo... notaba su calor. Entonces, de repente, deprisa y corriendo, yo le daba un beso en la boca. Y ¡hala!, allí empeza-



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

ba el baile, y los achuchones y la mano entre las piernas mías y yo entre las tuyas. ¡Ay! Mira, de recordarlo solamente me excito y me caliente.

MERCHE.- ¡Qué vergüenza! A tus años, parece mentira que hables tú de esas marranadas.

ABUELA.- ¿Pero cómo marranadas? Un festival era. Un festín de humedades y de revolcones después. ¿Hasta que te tuve a ti? Sí (*Pausa*). A partir de allí se me acabó todo.

DOLORES.- ¿A quién, a mí?

ABUELA.- ¡No! ¡A tu hermana!

MERCHE.- ¡Ay! Mamá, no cambias nada. Sigues siempre con las mismas historias. Me da pudor escucharte.

JUANITA.- ¡Ay! No le hagáis caso. Bueno, si es feliz así, dejadla... ¿Repite esa cantinela muy a menudo?

MERCHE.- Sí. Si te quedaras aquí ya no sabrías cómo reaccionar. Como una niña: a veces con ganas de darle una bofetada. (*Pausa larga*). Oye, ¿vosotras os vais a marchar pronto?

JUANITA.- ¿Por qué lo dices?

DOLORES.- No sé, yo no tengo ninguna prisa.

MERCHE.- Como aquí está todo tranquilo ya... Últimamente le dan más espaciados los prontos. Ya habéis visto, el del otro día... Os llamé porque, la verdad es que me asustó.

JUANITA.- Pero eso de volverse loca cuando le viene a la cabeza alguna historia de su vida...

MERCHE.- ¡Hombre, loca siempre ha estado!..., pero... así, tan fuerte, para sedarla y dormirla, como le dio el otro día.

DOLORES.- Bueno, tú nos llamas de todas formas. Ya ves que no tardo en venir. Yo, de todas formas la veo muy fuerte. Bueno, Juani no sé... (*JUANITA, a quien se dirige ahora, ha estado en estos momentos perdida y físicamente distante*).

JUANITA.- No sabes ¿qué? (*Como si despertara de un extraño sueño*) Merche..., yo..., nunca he tenido claro qué pasó con lo de tenerte a ti y ahora que lo ha vuelto a soltar, ¿puedo saber cuál es el secreto?

DOLORES.- Sí, es verdad, a mí me lo quiso decir un día, pero no sé quién vino a casa en ese momento y se le pasó. Después quise volver a sacar el tema y ya nunca más me lo quiso contar. Es como el gran secreto del que nadie quiere hablar.

MERCHE.- ¿Qué secreto ni qué historias? Pero si lo sabe todo el mundo.

JUANITA.- Pues todo el mundo menos nosotras. Que no, que no sé nada de nada.

MERCHE.- ¿Pero es posible? ¡Parecéis tontas! Pues que... con tanto achuchón como se daban en la plaza de la Iglesia se quedó de pronto preñada de... mí, claro y... tus tías y la tía abuela tuvieron que apañárselas con ella y con tu padre... En fin, que fue el hazmerreír del pueblo, un cuchicheo continuo y más locuras para ella... Eso fue todo. Casarse deprisa y corriendo, y a partir de allí todo un circo.

ABUELA.- (*Cantando con el soniquete de una canción de su época*) “Ya sé de qué estáis hablando”. Pero antes hicimos todo tipo de teatros y cosas.

JUANITA.- ¡Vale, mamá! Cuéntanoslo.

ABUELA.- Yo os lo diría, pero quiero que esté delante vuestro padre.

JUANITA.- ¡Mamá! Papá está... (*Las otras dos hermanas se abalanzan junto a ella y le cortan bruscamente*). ¿Eh?... Bueno, ¿qué pasa? Ya me contaréis (*dándose cuenta de que algo pasa...*) ¡vale!...



MERCHE.- (*Llevándose a un aparte a JUANITA, mientras Dolores entretiene a la ABUELA*) Es que... no sabemos, pero parece que ella da por hecho que papá no está muerto. Papá, por lo visto, para ella, se fue de viaje, desaparecido, ya está.

JUANITA.- ¿Pero qué me estás diciendo? ¿A qué viene esta cosa ahora? No sé, yo ya no entiendo nada. ¿Me queréis explicar?

MERCHE.- ¿Tú no recuerdas cómo fue el accidente?

JUANITA.- Sí, pero ya han pasado dos años, como para que aún...

MERCHE.- ¡Ah, ya, claro!

JUANITA.- De todas formas yo ya no estaba aquí... Estaba en el curso de EEUU. Acuérdate, vine, pero ya había pasado todo...

MERCHE.- Bueno, es igual, pero eso que dices... ¿Y qué tiene que ver que fuera hace dos años? ¿Y que no estuvieras aquí?

JUANITA.- Pues, no sé, que desde entonces hasta ahora ya podía haberlo superado.

MERCHE.- ¿Ella?, desde luego que no. Claro, (*como reflexionando*), tú misma... es que... ya no lo viviste en directo. Recuerda, ¡bah! ¡qué tontería!, te digo que recuerdes; ¡pero..., si no estabas! Bien, ella quedó inconsciente por largo tiempo. Cuando despertó no se acordaba de nada. Dentro de su habitual manera de razonar, así alocada, como siempre, dio por hecho cuando se repuso..., que papá se había ido de viaje. Y así hasta hoy...

JUANITA.- ¡Ya! Pero ¿qué viaje? ¿Adónde?... (*Larga pausa*) Y vosotras le guardasteis el secreto. Como si fuera una pequeña bromita.

MERCHE.- ¡Hombre! ¡Bromita! Preferimos tapárselo. Es que estuvo internada un mes en estado de coma. Bien, entiéndelo: ella, en su mundo, sigue siendo feliz. Como lo fue durante tanto tiempo atrás.

JUANITA.- Y a mí ¿por qué no me lo contasteis todo?

MERCHE.- Juani, tú tenías que irte otra vez. Preferimos que no dejaras aquel curso. Era mejor. Luego, cuando salió de... Dentro de su locura habitual, preguntaba por papá, y ella, sola, se fue creando para sí... otra más de sus obras de teatro. Ahora, Papá estará seguramente no se sabe en qué mundo de esos que se inventa ella. (*LA ABUELA, ha ido adormilándose, como un pequeño bebé que se adormece en los brazos de su mamá*).

DOLORES.- (*Aprovechando el sopor de La ABUELA*) ¿Qué hubiéramos conseguido? ¿que te hubieras amargado la vida allá?, o yo qué sé: sí; si hubieras vuelto habrías perdido el curso.

JUANITA.- No. Pero son cosas fundamentales en la vida que después te machacan el recuerdo y se te queda allí para siempre. Yo sospechaba que algo había pasado.

MERCHE.- ¡Claro! Pero tú sabías perfectamente que papá había muerto.

JUANITA.- Pero mamá, bueno... Merceditas... todavía no se ha enterado.

DOLORES.- Juani, ella dentro de su mundo es feliz.

JUANITA.- Dolores, ella, dentro de su mundo está engañada. ¿Y cómo quieres que me crea que es feliz sin saber dónde está su marido?

MERCHE.- Pues mira, sí. Parece feliz. No me digas cómo, pero de alguna forma cree que papá está haciendo algo importante, que vendrá más joven, más guapo, no sé, no me digas, pero ella, estoy convencida de que así lo considera. Mira, yo, a veces, me he puesto a pensar cómo parece que en su mundo... piensa mamá. Y de verdad, Juani, hazme caso, yo, estoy convencida de que está en un ambiente bonito, agradable. Desde luego mejor que el que nosotros estamos viviendo ahora, que... no tiene ninguna salida..

DOLORES.- Juani, Merche tiene razón. Créelo: tú no estás aquí con nosotras viviendo, pero ella sonrío, habla, es tierna, te agradece que le beses, que la acurruques, que la tengas entre tus brazos. En algún momento parece mi única ilusión.

JUANITA.- Pero eso es una mentira y muy gorda.

DOLORES.- ¿Y qué, Juani? El que sea feliz a su manera no es ninguna mentira. De todas formas, para mentiras las que nos hacen tragar a diario toda esa gente que nos dirige. A propósito, tú, no sé de qué te quejas. Eres a la que mejor le ha ido de las tres. Y no quiero hablar de tus pobre tías. Tú estás en tu mundo fuera, lejos de este pozo, bien situada, con futuro profesional...

JUANI.- ¿Pero de qué me estáis hablando? Habéis organizado una especie de... oasis para una persona..., para vuestra madre, ¡completamente falso! Bueno, no sólo para ella, sino para vosotras mismas. ¿Para qué? ¿Para justificar vuestra propia existencia vital? ¿Qué derecho tenéis vosotras para organizar la vida de alguien, nada menos que vuestra madre? ¿Os escondéis bajo la falda de vuestra madre, ahora que ella no puede echaros a patadas, para que salgáis a buscaros la vida? Y ni siquiera contáis con las tías. Al fin y al cabo son sus hermanas, sí la monja y Maribel y Clara.

DOLORES.- Esas dos viven lejos, con sus maridos, tienen sus hijos, no se entenan y mejor para ellas. Además, mucho que les importa. Y tampoco creas que les andan tan bien las cosas. De vez en cuando llaman, bueno, poco más...

MERCHE.- De todas formas, ¿serías capaz ahora mismo de decirle la verdad y nada más que la verdad? (*Pausa*). Le podrías dejar cao, fuera de juego. Y quién sabe si no se iba a ir al otro barrio.

JUANITA.- ¡Claro! Y perderíais la pensión asistencial de mamá y el apoyo por la dependencia.

MERCHE.- Mira, eso me duele, Juani. ¡Cómo se nota que tú lo estás viviendo, y muy bien, fuera de este ambiente!

JUANITA.- Bueno perdona, pero... ¡sois un poco exageradas! (*Tensión. Pausa larga*). De todas formas, pasado el tiempo, ¿no podríamos ir preparándola? Bien, no decírselo de golpe... Ya que ella cree que está en un viaje, podríais ir advirtiéndole, no sé, que el de su marido es, efectivamente un viaje, pero un viaje eterno, bueno muy largo, y que en principio no sabemos cuándo regresará.

DOLORES.- ¡Vete a la mierda, Juani! ¡Mamá está mal de la cabeza!, pero a su manera razona. Tú le dices que su marido está en un viaje eterno y, relaciona ideas, no te vayas a creer. Y además, literariamente está muy preparada. Figuras así, literarias, como el “viaje eterno” son muy teatrales y con toda seguridad lo interpretaría y lo identificaría rápidamente con la muerte.

JUANITA.- Pues ya está. Poco a poco, ella misma, iría razonando...

MERCHE.- ¿Poco a poco o...de golpe y porrazo? Mira, que no, que mejor lo dejamos como está. Ella está más o menos feliz. Y tú te vas a tu paraíso americano.

JUANI.- Sí. Es verdad. Yo, sí... tendré que ir dentro de un par de meses a EEUU. Pues muy bien, ya sabéis, allí me iré...

DOLORES.- ¡Ah, a dar esas...clases! (*Con ironía y retintín*). Como no nos cuentas nada...

JUANI.- Para qué queréis que os cuente. Siempre que empiezo a hablar de mi vida me cortáis, como si no fuera con vosotras.

MERCHE.- ¡Sí, es que nos morimos de envidia! (*Con cara de mal humor*).

JUANI.- Bueno, Dolores. No me cuentas nada. Y tú ¿qué tal con tu marido?

DOLORES.- ¿Ves? Cuando te pregunto por tu vida cortas inmediatamente y sales por una pregunta sobre mí o sobre otras personas. Eso quiere decir que no tienes ninguna gana de hablar de ti misma. Pero eso ¿por qué?

JUANITA.- Bueno, ¿qué hacemos con... mamá?

DOLORES.- Otra vez te sales por los cerros de Úbeda. Te he hecho una pregunta sobre el porqué de tu vida y tus milagros.

MERCHE.- No seas pelma. (*Con cierta ironía*) No... no quiere decirte nada.

ABUELA.- (*Voces sin conexión, fuertes y bajas, con algún exabrupto que pueden tener que ver con cosas de la historia familiar: “JUANITA, la monja CARMEN, el accidente del tren o el suicidio del padre o la desaparición de su madre y de su propio*



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

marido que la consolaba después de lo del tren” causas todas ellas, seguramente, de alguna de sus pesadillas).

JUANITA.- (*Refiriéndose a la abuela*) ¿Eso, es nuevo?

MERCHE.- No. Hace mucho tiempo que esta mujer no descansa. Parece más feliz despierta que durmiendo. Está claro que sus sueños son una lucha con sus traumas e historias personales.

JUANITA.- Pero sobre qué, exactamente.

DOLORES.- No sabemos realmente, pero ya sabes, desde lo de su padre, la abuela desaparecida. ¡Ah! Y el famoso atentado en el tren aquel famoso verano. Y sobre nuestro padre y... sobre ti misma, Juani...

JUANITA.- ¡Ay, por Dios! Decídmelo...

MERCHE.- (*Cortándole rápidamente*) ¡Decídmelo...! Sí, se juntó todo: pero quizás lo peor fue lo de su hermana Carmen, ya sabes, la que se fue para monja. Eso sí que no se lo esperaba nadie. ¡Anda, que debió de darles una sorpresa a todos! ¡Pobrecita! Yo creo que en el fondo lo que hizo fue huir de aquella montaña de desgracias. Ya no podía más la pobre. El caso es que allí la tienes aún. Eso sí, viviendo mejor que nadie en el Convento de las clarisas.

DOLORES.- Pues yo siempre he oído que lo peor fue lo que pasó con...

JUANITA.- (*De nuevo cortando ahora ella*) ¿Queréis decirme de una vez?

DOLORES.- No, ahora me refiero a lo de Merche. Contigo fue otra historia, que también, pero ya... bueno, déjalo estar ahora. No quiero que nos oiga, porque parece que no, pero cuando anda así, entre sueños, que si sí, que si no, me parece que se entera de todo.

MERCHE.- ¡Bah! Mira qué tontería sería ahora. Pues sí, pasó entonces y se armó, pero hoy día, lo mío es una tontería. Pero, claro; el otro día hablábamos así, casualmente del tema con la Eugenia...

JUANITA.- ¿Quién? ¿La Eugenia? ¿Quién, quién es esa?

MERCHE.- Sí, hombre, la de la plaza...

JUANITA.- No sé. Piensa que vosotras habláis del pueblo como si nada. Como habéis vivido aquí toda vuestra vida..., pero bueno, yo no. Yo he estado muy poco con vosotras. Es que me estáis volviendo loca entre unas cosas y otras. Esta familia es, como se dice, un pozo sin fondo y lleno de agujeros. Bueno, bien, ¿quién es esa tal Eugenia?

MERCHE.- Pues y ¿qué más da? Pues una mujer del pueblo, más o menos de la edad de mamá o de las tías.

JUANITA.- Sí, Carmen, Clara y Maribel. Volvemos a empezar, Carmen la monja.

DOLORES.- Pues ya te hemos dicho, como Clara y Maribel se casaron con unos amigos de nuestro padre... Pero bueno, vamos a centrarnos...

MERCHE.- Sí, los amigos del famoso día del accidente del tren. Que según cuenta mamá no eran tan amigos, a la hora de la verdad, pero, bueno... (*JUANITA pone cara de no aclararse del todo*). Vamos a ver. El día ese, mamá estaba a solas con nuestro padre.

DOLORES.- El que después sería su novio, claro. O sea, nuestro padre.

JUANITA.- (*Recalcándolo*). Vuestro padre.

DOLORES.- Sí, mi padre y el de Merche.

MERCHE.- ¡Bueno! ¿Me dejáis seguir? Estaba con él, con nuestro padre Jaime. Los otros tres, Pedro, Carlos y Lorenzo con las tías y bailaban. Sí, no me mires así. Entonces andaban con lo que se llamaba un pick-up, un tocadiscos, vamos y lo enchufaban con una alargadera por una ventana y ¡hala!, a bailar... Bueno, el caso es que no sé lo que pasó, pero nuestro padre Jaime se quedó solo y ocurrió la explosión, o el atentado o el accidente, porque nunca se supo de verdad lo que ocurrió. Entonces se tapó todo: los muertos al hoyo y los demás...

JUANITA.- Los atentados por entonces...



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

MERCHE.- Sí, en este país ya había habido unos cuantos. Murieron tres chicas de su edad. Mamá... lo vio todo, porque en una de sus típicas espantadas, solía desaparecer en el momento más inoportuno. En aquella ocasión se fue por allí. Ella siempre decía que le encantaba ir a ver el tren. Cuando apareció esa noche, después de buscarla y buscarla creyendo que estaba entre los amasijos de hierro del tren, necesitó un mayor tratamiento del que ya por entonces necesitaba. Ya sabes. Mamá, desde pequeña, ya tenían que internarla alguna que otra vez. Y al ver lo que vio, pues... el golpe fue tremendo para ella...

DOLORES.- Un momento. No entiendo. Estaban solas. ¡Ah!, Bueno, claro, tuvieron que llamar a la tía abuela esa.

MERCHE.- Sí, hermana de la abuela... desaparecida.

JUANITA.- Otra que tal: ¿nadie supo de ella? ¿De la abuela? ¿Cómo es posible?

DOLORES.- Así no hay manera. Pasamos de un tema a otro en un baile continuo de ideas... Sí, verás, hay teorías que andan por allí por el pueblo: unos dicen que se fue con otro de aquí, que también se perdió un día, aunque no a la vez que la abuela. Otros que se ahogó en el lago y nadie encontró pruebas de ello. Lo más probable es que la abuela se asustara y loca por lo que le había ocurrido a su marido un buen día se...

MERCHE.- Lo más sorprendente es que si lo hizo a conciencia lo hizo magistralmente porque realmente nadie la ha podido dar por muerta físicamente. De todas formas yo creo que como tras el suicidio del abuelo se quedó tan mal, lo más probable es que sin querer incordiar a nadie, ella misma se quitara de en medio.

JUANITA.- ¡Qué miedo!

DOLORES y MERCHE.- ¿Por qué?

JUANITA.- No quiero yo molestar, eso es que en esta familia, ... con lo del abuelo primero..., la abuela después..., Merceditas, desde cría, unas veces, según contáis, estaba, bueno peor que otras veces....

(De repente, música que anuncia una sorpresa: MERCEDITAS abuela, en una acción misteriosa se va a levantar. DOLORES y MERCHE quedarán normales y relajadas, sin más. JUANITA, sorprendida, reacciona con palabras y gestos algo fuertes o teatrales)

JUANITA.- ¿Pero qué es esto? Es una broma. Mercedes, ¿cómo? Voy a tener que irme de aquí, yo misma medio loca. Me estáis tomando el pelo. Mamá, ¿qué nos pasa? ¿Qué te pasa?

ABUELA.- A mí nada; hoy quiero levantarte para hacerle rabiar a éstas porque son unas gamberras.

MERCHE.- Gracias, mamá. Bueno, Juani: ya te lo hemos dicho antes. Cuando le da por estar en silla de ruedas es parálitica de verdad. De vez en cuando, sin embargo, decide levantarse y andar con normalidad.

JUANITA.- ¡Por favor, no me toméis más el pelo! Algo tendrán que decir los médicos y los psiquiatras...

ABUELA.- ¿Pues qué han de decir?

JUANITA.- No puedo creerme que sea verdad...

DOLORES.- Pues ya lo ves.

MERCHE.- Sí, puedes ir creyéndotelo, porque lo estás viendo.

ABUELA.- *(Durante todo este rato ha estado deambulando por el espacio como si buscara algo, sin hacer caso de las chicas)* Los psiquiatras y los médicos dicen que os aguantéis, que tampoco pasa nada. Además os hago un favor: de vez en cuando me levanto y me valgo por mí misma.

MERCHE.- *(Muy enfadada)* ¡Mamá! Si por lo menos avisaras con tiempo, podríamos organizar mejor nuestra vida. Particularmente yo, que estoy aquí a tu servicio y también al de todo el mundo. Porque vamos, ya está bien...

ABUELA.- No les hagas caso, hija... Sí hija. *(Acercándose a ella, JUANITA, con la ternura de una madre que intenta consolar a su hija).*



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

JUANITA.- Mira, Merceditas...

ABUELA.- (*Cortándole rápidamente*). ¿Merceditas? (*Con mucha intención*)
¿Nada de mamá? Esas tenemos, ¿eh? ¿Por qué?

JUANITA.- ¡Bueno! Yo, nunca te he llamado mamá..., ni cuando era niña...
pero, ¿por qué te he de explicar esto ahora? Lo siento, pero tú no eres mi madre.
Te quiero como a una madre, pero yo sé...

MERCHE.- ¡Cállate! Juani, no juguemos ahora a liarla un poco más.

ABUELA.- ¡Con lo que yo te he querido!

JUANITA.- Y yo a ti, y yo a ti, Mer..., bueno, mamá. (*Llorando*).

ABUELA.- ¡Ah! Bien, ya veo que has recuperado la memoria. (*Con ironía*) “¡Ay!
¡Mamá...!” (*Se aleja del grupo*).

DOLORES.- Pero ¿por qué has tenido que montar tu pequeño numerito ahora?
En el fondo siempre te gustó incordiar.

MERCHE.- Sí, Juani. Siempre he pensado que te ha gustado ser la mejor entre
todas las de las fiestas.

ABUELA.- Dejadla en paz, no os metáis con ella.

DOLORES.- Mamá, siempre has hecho eso con ella. Siempre contemplándola
a la mínima.

ABUELA.- Había que protegerla, claro. Era la más delicada y la más pequeña.
Vosotras habéis sido siempre unas envidiosas.

MIERCHE.- ¡Mira, mamá, eso no te lo consiento!

JUANITA.- ¡Merc...Mamá!

ABUELA.- Bueno, ¡está bien! Me vuelvo a sentar (*Con parsimonia y un tanto
de solemnidad y teatro, se sienta, como anclándose en un trono*). ¡Ya estoy! Ahora,
ahora... Os voy... a contar una... historia.

DOLORES.- ¡Ya estamos!

MERCHE.- ¡Lo de siempre! Vas a ver. Como si tú, Juani, no hubieras dicho nada.

JUANITA.- Pues es verdad: no he dicho nada.

DOLORES.- ¿Cómo que no? Has comentado cuando la has visto levantarse.

MERCHE.- ¡Hombre! No has dicho nada, nada... Te ha faltado el canto de un duro para decir que se había operado un milagro.

DOLORES.- Tus comentarios le han alentado a mamá. Además tú ya sabías lo del juego de sentar, levantar.

JUANITA.- No, de verdad, que no. Bueno, sí, me lo habíais contado, pero eso no había quien se lo creyera.

DOLORES.- Mira, déjalo, no vamos a discutir ahora.

ABUELA.- (*Ha estado atenta a este diálogo y decide intervenir*). Eso, no vayamos a discutir. Y ahora a lo que vamos, que os cuento...

JUANITA.- ¿Pero el qué?

DOLORES.- Nada, ahora ya no hay remedio. Nos toca escuchar. Si no, ya la tenemos: se pone hecha un basilisco. Eso tú sí que no lo conoces. Porque todo lo malo te lo vienes ahorrando.

JUANITA.-Cualquiera diría que hay que ponerle la camisa de fuerza.

MERCHE.- ¡Ja, ja!. ¡Sí señora! Tú lo has dicho. La última vez hubo que pedir una ambulancia con dos enfermeros fuertes, porque no había forma de sujetarla.

JUANITA.- ¿Pero me estáis queriendo decir...? ¿A esos niveles han llegado las cosas?

DOLORES.- ¿Quieres verlo?



ABUELA.- ¿Qué, me dejáis hablar o no? Os cuento la historia del último ensayo con Carmen, Maribel, Pedro, Clara, Lorenzo, Jaime... Era el mismo verano en el que habían pasado tantas cosas. El accidente del tren, recordáis, había ocurrido el mes anterior. Todos lo pasamos fatal. Bueno, yo no tanto: después del trauma de aquel día, me tuvieron que internar unos días. Estuve bastante mal. Pero me vino a ver Jaime. Y cuando salí, a la semana, allí estaba él queriendo llevarme a la fuente aquella, que había detrás de la Iglesia. Ya no nos separamos. Entonces vinieron nuestros achuchones. Pero quería contaros lo del ensayo, el último de aquel verano y... Lo tuyo, Merche, no tuvo ninguna importancia, viniste después y a pesar de lo que dijera la gente, fuiste una cosa bien bonita. Tu padre estaba feliz... Bien, al ensayo.... *(Como si transformara su personalidad, va a hablar con una cierta solemnidad, con descaro, con genio, dentro de la más pura fantasía, como cuando al principio narraba el comienzo de esta historia).*

(OSCURO. Escenario desnudo. Cambio de luces. Irán apareciendo los personajes según la necesidad escénica. Nuevamente años sesenta del s. XX. Están sentados en bancos alrededor del escenario. Son sus hermanas Carmen, Clara, Maribel, los amigos de ellas Pedro, Lorenzo y el propio Jaime. No está el amigo CARLOS, al que en una escena anterior ha recriminado JAIME. Ha pasado tiempo ya desde dicha escena y por lo tanto, desde el atentado/accidente del tren, aunque efectivamente, es el mismo verano).

MERCEDITAS (LA ABUELA).- Vamos a ver. ¿Empezamos de una vez? Ensayo de la escena.... *(Obra: LYSÍSTRATA) (Personajes tal y cual TEXTOS CORRESPONDIENTES de cada personaje según necesidades e interés escénicos. Los personajes irán diciendo texto y contestarán según también ocurrencias de la directora que es MERCEDITAS. No recuerdan el texto, andan muy desmotivados, anticipan, no dan las intenciones necesarias, están totalmente desconcentrados, etc. etc.).*

MERCEDITAS.- ¡Ay! ¡Joder! Carmen, ahora no te sabes el texto. Mira, así no podemos continuar. Estrenamos dentro de veinte días. Yo podría haberme ido ya a la Conchinchina con una buena compañía y aquí sigo con una panda de aficionados como vosotros.

CARMEN.- Mira, Merce, yo estoy aquí por rellenar, y por hacerte un favor a ti, pero no me pidas más de lo que sé, que no puedo.

CLARA.- Pues entonces ¿para qué le pediste ese papel? Podríamos hacerlo otras.

MERCEDITAS.- No; fui yo quien se lo di. Le pedí por favor, que ya que ella era la más fuerte en voz y en genio, quizás podría tirar más de vosotras. Además tú dices que no, pero sé que te gusta esto y mucho. ¡Y además aquí mando yo que soy la mayor! Y mira que si no, ¡me vuelvo loca!

MARIBEL.- En el fondo eres una chantajista. ¡Jobar!, con tus locuras y tus manías. Me tienes harta. Mira, es que este es un problema tuyo, Mer. Tú eres la que quieres seguir adelante con todo esto. Nosotras no tanto.

CLARA.- ¡Ojo, yo sí! A mí sí me gusta.

JAIME.- Y a nosotros también.

PEDRO.- ¡Joder!, nos ha fastidiado. Lo que no sé es para qué has buscado una obra de tanta mujer si sólo sois cuatro.

MERCEDITAS.- Y vosotros tres. Pues justo. Ponemos para el coro algún que otro cartón a modo de muñeco e igualmente con vosotros. Con que sólo aparezcáis tres como seres vivos, ya nos las apañaremos para el resto: grabaremos voces, moveremos siluetas, etc.

LORENZO.- Merceditas, me encanta tu optimismo. Todo eso es muy complicado y quedan, no te olvides, veinte días. Además, es una obra que no sé si nos la dejarán hacer, por lo del... sexo y la censura...

JAIME.- La verdad es que no será nada fácil, pero... (*Ante un ademán de MERCEDITAS.* Bueno, sí, cariño, que sí, que podremos con todo. No te preocupes, ¡venga, vamos para allá, que esto lo sacamos! ¡Vamos, chicos!

MERCEDITAS.- Muy bien, Jaime, así me gusta. Si en esta vida no te ilusionas con las cosas de... esta mierda de mundo del... arte, y sobre todo del mundo de esto, del teatro... pues, eso, que... apañados estamos. Venga, tiramos o no tiramos de una vez. Vamos..., entra ya, de una vez...

JAIME.- (*TEXTO*).



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

MERCEDITAS.- ¡Carmen!, vas tú, ¡que estás dormida otra vez...!

CARMEN.- (*Texto*).

LORENZO.- (*Dice su texto pero se le nota algo desganado*).

JAIME.- (*Contesta su texto*).

CARMEN.- (*Idem*).

LORENZO.- (*Idem*).

JAIME.- (*Idem*).

CLARA.- (*Idem*).

PEDRO.- (*Idem*).

MERCEDITAS.- (*Dice una buena parrafada de su texto, que evidentemente es el de la protagonista*).

MERCEDITAS.- Bueno, vamos a dejarlo estar por hoy, porque acabaremos mal. Pero ¿por qué no le ponéis un poquito de interés? Haremos el ridículo. Y creo que podríamos triunfar.

CLARA.- Yo te entiendo. Deberíamos buscar otra compañía con otros... “artistas”.

MERCEDITAS.- ¿Estás hablando en serio?

CLARA.- ¿No te das cuenta de que tú y yo somos las únicas a las que nos interesa esto?

JAIME.- ¡Eh, eh! Que a mí también. Vamos a ver qué pasa aquí.

PEDRO.- Sí, a ti por la cuenta que te trae. Si no, la Merceditas te daría una patada en el culo.

MERCEDITAS.- Pedro, eso que has dicho es de muy mal amigo.

MARIBEL.- Pero vamos a ver, Mer: ¿quiénes son aquí los únicos que tiráis del carro? Tú, Clara y evidentemente Jaime.

LORENZO.- ¡Hombre!, creo que sois un poco egoístas porque a mí esto también me va un poco.

CARMEN.- Un poquito, muy poquito. Casi tanto como a mí. O sea, nada.

LORENZO.- Carmen, eres muy mala.

MERCEDITAS.- Sí, serás mi hermana, pero ¡hija!, a veces, querida, te haces odiar.

JAIME.- (*Enfadado*) Bueno, Mer, creo que esto no tiene mucho futuro. Vámonos de aquí. Ahora mismo.

MERCEDITAS.- Te juro que esto va a salir como yo me llamo Mercedes. Ahora me largo un rato porque me va a dar de un momento a otro el “siroco”. No quiero que os sintáis culpables de que haga una barbaridad. (*Sale muy deprisa*).

JAIME.- (*Mira a su alrededor, con cara de justificación aunque también de acusación*) Espera, que voy contigo. (*Detrás de ella pero mirándoles a todos con gesto de reproche*) ¿No podríais tener un poco de paciencia?

PEDRO.- ¿Paciencia? Sí, ya, Mercedes está como está, y... todos nosotros ya... no podemos hacer más. ¡Que no damos más de sí! Bueno, vosotras sois sus hermanas. Vosotras sabréis, pero me temo que ya no conseguiréis mucho más. Tendríais que buscar a alguien que os ayudara. Es que todo el mundo le tiene que hacer caso, todos a contemplarla porque...

MARIBEL.- Tienes razón Pedro, pero parece que no hay más remedio que seguir. Bueno, nosotras. Vosotros, haced lo que queráis.

LORENZO.- ¡Hombre! Mientras pasemos aquí vacaciones o veranos,... Pero piensa que no podemos hacer mucho más. El año que viene yo tengo que ir a la mili.

MARIBEL.- ¿Que te vas a la mili? Pues yo me voy contigo.

LORENZO.- ¡Qué más quisiera yo, que pudieras acompañarme!, pero me temo que no te iban a dejar.

MARIBEL.- De eso no me habías dicho nada.

LORENZO.- Maribel, pueden pasar muchas cosas. ¿Para qué vamos a hablar de eso? Bien, la mili no, pero ahora, ahora mismo, ¿vienes conmigo? Parece que al menos por hoy, esto no tiene mucho futuro.

MARIBEL.- (*Saliendo juntos*). Bien, ya se lo contaremos a Merceditas.

LORENZO.- ¿El qué? ¿Que dejamos esto?

MARIBEL.- Hombre, yo no había querido decir tanto... Pero... (*Saliendo*) Bueno, la verdad es que me da mucha pena... Vamos a hablar. (*Volvemos a la actualidad. La Abuela ha quedado, de pie otra vez, empujando o jugando con su propia silla y mirando descaradamente a Juani*).

ABUELA (MERCEDITAS).- Nació Merche y yo me quedé en el pueblo, con mi tía. Jaime venía de vez en cuando a vernos. Carmen y Clara siguieron estudiando y Maribel, efectivamente, se fue con Lorenzo cuando éste acabó la mili. Clara, de todas formas acabó liándose con Pedro. Se casaron juntas las dos parejas. Por allí andarán con sus hijos y maridos; no vienen a vernos para nada. ¡Descarados! Pero Carmen, Carmen... (*Se echa a llorar desconsoladamente*).

MERCHE.- Mamá. Déjalo ya. Ya sabes que siempre que recuerdas estas cosas te pones como te pones. Luego habrá que darte doble ración de tranquilizantes. Y bien sabes que eso no me gusta.

ABUELA.- Fue una pena. Hubiera sido una buena actriz, o lo que ella hubiera querido. Todo lo que yo quería lo podía conseguir ella mejor: escribía, hacía muy bien los personajes. Y eso que decía que no le gustaba aquello. Era muy buena en todo. Pero...

DOLORES.- Mamá, déjalo ya...

JUANITA.- ¿Por qué no queréis que hable?

DOLORES.- Porque luego no sabes cómo se pone.

ABUELA.- No me pongo de ninguna manera. Y además, esto que os voy a decir no lo sabéis ninguna de las tres.

MERCHE.- ¿De qué estás hablando, mamá? ¿Por qué no lo dejas ya?

ABUELA.- Hablo de cosas que a ti, que ya eres mayorcita, también han de afectarte. De todo lo que hemos hecho en la vida o mejor, de lo que no hemos hecho. Y yo por lo menos he tenido hijas. Tú, Juani, créetelo, eres también mi hija. Tres hijas.

JUANI.- ¡Ah!, a mí me dijeron desde pequeña que yo fui adoptada por vosotros. No ha sido ningún trauma para mí. No conocí a mis padres; pues... ¡qué le vamos a hacer...! Te juro que eso ya lo superé hace tiempo. Estuve muy bien siempre contigo, Mer...

MERCHE.- Sí, en cierto modo. Pero allí hay una especie de secreto que nunca nos lo quisieron decir. Y con eso nos hemos quedado, así, compuestas, tú y Dolores y yo misma.

ABUELA.- Podría haber llegado el momento. Pero no quiero, porque siempre espero a que llegue Jaime y os lo cuente conmigo. A él le creéis más que a mí porque yo... estoy loca.

JUANITA.- Mamá, Jaime... no va a...

ABUELA.- ¿Qué no va a venir? ¡Ja! Eso me han dicho desde que se fue.

DOLORES.- ¿Quién te lo ha dicho, mamá?

ABUELA.- Pues mucha gente; ayer, sin ir más lejos, el médico al que llamasteis. Ese que llaman ahora de familia. Me dio una pastilla, se quedó un rato conmigo a ver cómo me dormía y cuando parecía que yo deliraba, a él se le escapó eso de “pobre mujer qué manías tiene”. No sé, debía de estar yo llamando a Jaime. El caso es que cuando me desperté me acordaba perfectamente de lo que él me iba diciendo, como para tranquilizarme en mi sueño...Que es que no estaba dormida... (*Se ríe fuertemente*).

DOLORES.- Mamá, el médico...

MERCHE.- (*Gritando*) ¡Cállate, Dolores!

JUANITA.- ¡Ay! ¡No grites!

ABUELA.- Es verdad. No grites. No me vais a convencer. Papá vendrá, ya lo veréis. (*Largo Silencio*). Se ha ido de viaje y vendrá. Y os contará esta historia de Juani.

JUANITA.- ¿Qué historia, Mer..., mamá?

ABUELA.- ¡Ah! Ahora sí, mamá, ¿eh? ¡Eso está muy bien! Por el interés... te quiero...

JUANITA.- Bueno, nunca he querido decirte mamá, sino Merceditas, (*Ha ido emocionándose en la anterior conversación. Ahora llora abiertamente*), pero de verdad que te quiero como mi madre, pero, ahora que ha llegado el momento, no me importaría saber... Soy mayor, no me voy a asustar ya. Ya te he dicho que lo acepté hace tiempo. Pero, (*reponiéndose*) si... nos... cuentas... me iré a los EEUU contenta y seguro que sin esa especie de losa que llevo encima con toda esta historia.

DOLORES.- Esta sí que es buena. Has tenido que venir tú, Juani, para que mamá se incorpore, a su manera, a otra realidad que nunca ha querido ver.

MERCHE.- ¿De qué realidad hablar, Dolores?

DOLORES.- De la tuya y de la mía, de la misma Merche. De la que supondría enterarse bien, de las cosas, de una vez por todas, en esta familia. Fíjate que nosotras estamos con ella continuamente...

MERCHE.- ¡Bueno! Aquí la única que está de forma continua soy yo. Tú... entre tu trabajo, tus cosas y tus chicos, estás bastante poco tiempo en casa.

DOLORES.- Pero, bueno, ahora ¿a qué viene esto? Eres muy injusta conmigo. Lo que te pasa es...

MERCHE.- Dímelo, dímelo otra vez. Ahora que está Juani, es la única que no nos ha oído en todo el barrio.

DOLORES.- Pues sí, ahora que está Juani, lo digo: siempre has sido una envidiosa. Y efectivamente, ahora que estás aquí, Juani, te diré, que contigo presente se le acrecienta de mala manera su defecto. Lo has podido comprobar tú misma hace un rato.

JUANITA.- (*Reaccionando con cierta severidad y sorprendida*).Tú misma... has soltado flores... por esa boquita... No sé. No me imaginaba que las cosas iban a estar así de mal. Además, Merceditas...

ABUELA.- Todo esto se va a arreglar cuando vuestro padre vuelva. Veréis. (*Pausa tensa*). De todas formas, os decía antes (*Nuevamente parece que se transforma. Ahora se sentará y se levantará de la silla. Hará y dirá en el diálogo cosas más raras que configurarán la imagen de una mujer, en efecto, muy descentrada psíquicamente*) que... No, creo que eso lo decía esta mañana o... ya no sé ni cuándo lo he dicho. ¿Tú no estabas conmigo, Merche?

MERCHE.- No sé si hablas de cuando te has puesto tan pesada. Yo estaba dentro, tú me llamabas, y ¡me dabas mucho la lata...!

JUANITA.- Ni Dolores ni yo habíamos llegado.

ABUELA.- ¡No, no habíais llegado! ¡Mejor! En cuanto os juntáis os ponéis a reñir. No he visto hermanas que se peguen más.

DOLORES.- Oye, mamá. Nosotras reñiremos, pero nunca nos pegamos.

ABUELA.- Ésta sí, Merche.

MERCHE.- ¡Mamá! Ya haces como los niños. Ésta tiene un nombre. No seas maleducada y... cruel.

ABUELA.- Pues como tú, que ahora estás muy modosita, pero cuando estamos solas... ¡ya, ya!

JUANITA.-La verdad es que no te aburrirás nunca.



MERCHE.- Te vuelvo a decir: no sabes bien la suerte que has tenido. Llevo con ella desde que os fuisteis todas. ¡Amargada me tiene!

DOLORES.- ¡Eh! Que yo sigo aquí.

MERCHE.- Sí, a ratos y últimamente aún menos, desde que desapareces con alguno de tus ligues. Además, no sólo hablo de vosotras. ¿Y las tías? Se quedaron bien tranquilas cuando se fueron apartando... Particularmente la monja.

JUANITA.- Bueno, yo me acuerdo de que cuando éramos pequeñas; las tías siempre estaban preocupadas con ella.

DOLORES.- ¡Qué va! De visita... ¿Pero nadie te lo ha contado? En cuanto mamá quedó embarazada de Merche, toda la movida se quedó para nuestro padre, que ni había acabado de estudiar ni nada de nada. Siempre dijo que no le dejaron acabar. El pobre...

MERCHE.- El pobre, sí: menos mal que encontró un trabajo y se quedaron en la ciudad. Pero la tía abuela ya nunca quiso saber nada.

JUANITA.- Yo no me acuerdo de esa tía abuela.

MERCHE.- Claro que no te acuerdas de la tía abuela. Porque aunque no desapareció como su hermana, físicamente, siempre se le daba por desaparecida en los peores momentos. Nunca estaba donde tenía que estar. ¡Vamos, que se escaqueaba cuando le daba la gana!

JUANITA.-No me acuerdo de nada de lo que habláis.

ABUELA.- Porque eres mucho menor que ellas. Tus hermanas tienen razón. Nos abandonaron todas a tu padre y a mí: tus tías, la tía abuela. Cada una a su aire. Pero aún así, detrás de Merche nació Dolores, y después, pues, mira, llegaste tú.

JUANITA.- Sí, cinco años después, que es lo que me llevo con Dolores.

ABUELA.- Muy lista, hija. Pero, (*con cara y gestos de complicidad*); cómo?, ¿te lo cuento?

JUANITA.- Sí, creo que ya es hora ¿no? ¡Vale, mamá, por fin, estoy preparada! Venga, suelta por esa boca.

ABUELA.- *(Adoptará un aire medio misterioso, medio de narradora de alguna historia fantástica, que parecerá improvisada -la actriz y el director convendrán los detalles de esta especie de monólogo-, con acompañamiento de efectos teatrales y sonidos musicales. La ABUELA, lógicamente, se moverá, se levantará, hablará de manera correspondiente al tipo de mujer que es; irá de una época a otra, hablará con unos personajes actuales o de la época anterior, la de los años sesenta)...* Y ésta es la historia de mi hija Juanita, que de repente, sin que nadie la anunciara, apareció, por arte de birlibirloque entre los de mi familia. Carmen, en aquellos ensayos de teatro, que nunca llegaron a nada y que supusieron mi gran fracaso, (yo creo que me he quedado así por esa gran frustración), *(Corta Merche)*.

MERCHE.- ¡Que no, mamá, que no, que lo tuyo es mucho más antiguo!...

ABUELA.- *(Cortándole un poco enfadada)* ...¡Carmen!, se había quedado desparejada... Pues, bien, sin embargo, Carmen ya había salido desde el principio con el otro chico, con Carlos. Pero éste desapareció. No sé, la familia ya no venía al pueblo, no vino más. Y Carmen sí, le buscó, lo encontró al fin por la ciudad, “profundizaron en sus relaciones” y...

MERCHE.- ¡Ya!, sí, algo parecido a lo tuyo con nuestro padre... Ya lo veo venir...

ABUELA.- ¿Qué es lo que ves venir?

MERCHE.- Se repitió la historia, mamá. *(JUANITA se ha ido separando del grupo)*.

ABUELA.- Sí, se lió con él y... a partir de allí, pues ocurrió... todo lo que os podáis imaginar. Cuando se dio cuenta, este chico, Carlos, no tuvo coraje y siguiendo la costumbre de nuestra familia, como queriéndose contagiar de ella, y de sus manías, pues desapareció... desapareció, también y... definitivamente. Carmen se fue, se fue también, pero... embarazada, y al convento. Y, ya te puedes imaginar, poco después, tu madre o tu tía Carmen, te tuvo a ti Juanita. Ella es tu madre, biológica, claro.... No quiso volverse loca, como yo, y vivir



BAMBALINAS

FERNANDO GIL TORNER

libremente; fue muy cobarde y siguió de monja. Desde el primer momento, tú Juani, has sido mi hija pequeña. Ella, desde la clausura, bien encerrada, no quiso saber nada más. Ha confiado siempre en mí, ya ves, en mí, la loca y es con la única de la familia que habla. Cuando a mí me dejan, claro. De verdad, desconfiad de esta locura que llevo atada a mis piernas toda mi vida. Va pegada a todos nosotros. Se hereda. Es como una ruleta de la fortuna. De mi familia, siempre se dijo que alguno acabó ahogado en el lago del pueblo. Vete a saber si mi Jaime, contagiado, no estará ahora haciendo su viaje por allí, por ese lago, (como está al lado de la casa donde vivía en verano con sus padres...), o mi madre, o mi padre. Yo cada día estoy más convencida de que papá no se tiró desde el último piso de su casa, no señor, estoy segura de que se arrojó al lago; y aquel “señorico” que nos inventamos mi hermana Carmen y yo, debajo de mi casa, en aquel patio negruzco de agua grasienta cortada por la luz de la luna, también..., también se ha perdido por el lago. Ese “señorico” era verdadero, no nos lo inventamos. Carmen es la más lista: ni acabará loca, ni morirá ahogada y congelada en el lago. Las monjas la protegen y la acompañan siempre. *(Va perdiendo fuerza en la expresión y sentada... poco a poco, ira dejando caer la cabeza).*

(Vuelven las luces, la silla de ruedas, el ambiente del momento actual. Ya no hay ningún ambiente de la magia de los recuerdos de la Abuela. Ahora, JUANITA, con una maleta, camina, despidiéndose de su madre y de sus hermanas).